CERES FALANGISTA

A MEDIADOS del pasado mes de diciembre se reunió en Madrid la II Asamblea de Hermandades de Labradores y Ganaderos, bajo la presidencia del delegado nacional de Sindicatos, camarada Sanz Orrio, hombre pequeñito y bullidor que lo mismo preside a los labradores y ganaderos, que a los pescadores de atunes o a los coristas de teatro o a cualesquiera otros productores. El camarada Sanz Orrio representó, hasta donde se lo permitió su estatura, a los sindicatos verticales ante este otro sindicato de productores dedicados a las artes más horizontales, después de las amatorias, que son las agrícolas. A la vista tengo un periódico español que publica información de dicha asamblea. Inserta una fotografía del caudillo, soltando un discurso a los asambleistas, que fueron a entregarle las conclusiones de sus trabajos, y otra de los asambleistas, que llenaban la amplia escalinata del Palacio de Oriente, oyendo el discurso del caudillo. Entre los retratados hay algunos que no son asambleistas; verbigracia, dos leones de mármol, que son de la escalera del Palacio, y dos guardias moros, que son también de la misma escalera. Asimismo publica el periódico el texto íntegro del discurso pronunciado por el caudillo y oído por los asambleistas. Todos los labradores que aparecen en la fotografía se ven bastante bien trajeados, con elegantes gabanes o gabardinas, y algunos hasta con cuello de pajarita. Por lo visto, desde que triunfó en España el Movimiento Salvador, la agricultura, antes tan abandonada por los gobiernos republicanos, ha hecho grandes progresos en lo tocante a indumentaria. Ahora debe ser corriente en nuestra patria que los labradores y ganaderos, se levanten, se vistan de "fuerza viva", tomen su gabán, su bastón y su bimba y marchen tranquilamente a escardar los sembrados o a ordeñar las vacas.

Según la citada información periodística, la Hermandad no sólo tiene labradores muy "catrines", sino que tiene hasta un asesor eclesiástico, encargado, sin duda, de informar sobre si se ajusta a cánones el cultivo de la remolacha, sobre si es dogmático el injerto de los frutales o sobre las virtudes teologales de la vendimia.

El discurso que el caudillo pronunció a los labradores de la Hermandad es una lamentación del abandono en que antes se hallaba la agricultura —en los tiempos en que según el barón de Tronco-Verde, estaba por los suelos—, un elogio de la atención que ahora le presta el gobierno del propio caudillo, y una prueba de lo mal que, pese a tanto celo, está aun allí la agricultura, la cual parece todavía echada por tierra. El caudillo examina los problemas de la agricultura con su lucidez habitual, que le lleva hasta manejar con bastante soltura el juego de palabras, como cuando afirma que "el campo no puede ser como ayer, campo de especulaciones políticas". ("Mezquina política", que todo lo enzizañaba! En cambio, desde el triunfo del Movimiento Nacional los problemas de la agricultura inquietan al gobierno del caudillo. "Desde hace once años —dice el salvador de España— perseguimos y velamos por la resolución de muchas de esas necesidades". ¿Qué solución tiene el caudillo para esos problemas? ¿Pretende, acaso, hacer producir más la tierra dando al labrador abonos, maquinaria moderna, ofreciéndole quizá más riegos, mejor ayuda técnica, ensayos de laboratorio y de campos experimentales, sistemas de protección, etcétera? No lo sabemos. En todo caso, lo que el caudillo afirma es lo siguiente: "Y ansiábamos que la organización sindical tomara cuerpo y fuerza para que aquellos problemas inherentes a la producción y al campo español pudieran resolverse, tras el diálogo sereno y la discusión razonada, con el imperio equitativo de la verdad". La cosa está bastante clara. Cualquier gobernante menos salvador de España que el caudillo propondría a los labradores, para aumentar la producción agrícola, que hicieran lo posible por trabajar más la tierra, trabajarla con el azadón y el arado y la segadora, etcétera. Lo que el caudillo les propone es que, organizados en Sindicatos verticales bajo la mirada vigilante del camarada Sanz Orrio, los labradores hablen de estas cosas, entablen "diálogo sereno y discusión razonada". El caudillo, que execra la política, confía, en cambio, en la elocuencia sindical para aumentar la producción agrícola en España. Los campos, en efecto, no necesitan, desde el punto de vista del sindicalismo falangista, buenos abonos, sino buena retórica. Pomona debe frecuentar los jardines de Academo. En el fondo, las palabras del caudillo tal vez constituyen una velada provocación para que los poetas falangistas le dediquen silvas y églogas a la agricultura y a la ganadería. De este modo confía el caudillo poder aumentar la producción agrícola, para satisfacer las necesidades de la creciente población española. Porque al salvador de España le sobran, en efecto, unos ocho millones de españoles. "En los tiempos de la primera guerra —dice— éramos sólo veinte millones de españoles, mientras que en la última nos acercamos a los veinticinco". ¡Ocho millones más de bocas que alimentar! Y eso que la inicuí guerra de exterminio provocada por el caudillo en España quitó de enmedio cerca de un millón de bocas, atenuando de ese modo el problema que, sin tales bajas, haría elevar ahora el excedente de bocas a nueve millones.

¿Qué remedio encuentra el caudillo para eso? ¿Matar a los ocho millones de españoles que le sobran? Esa solución sería técnicamente eficaz y ajustada a la más pura ortodoxia falangista, basada, como se sabe, en el vigoroso lenguaje de las pistolas y en la acción multihumana de los piquetes de ejecución; pero el caudillo no ha llegado a abogar públicamente por ella en su discurso a los labradores. La salvación la encuentra el salvador en algo providencial que salve a la economía española y que impida el encarecimiento de la vida, "porque ese provecho momentáneo —cito textualmente el discurso del caudillo— traducido en la miseria de los más, se trocará en que sus pesetas no valdrán más que un real la primera vez, y a la segunda no más de cinco céntimos, y a la tercera se habrá perdido la moneda, y nadie querrá cambiar más que productos, lo cual sería la catástrofe más grande... (Los aplausos, que duran largo rato interrumpen al caudillo)".

Tras esta ovación a la "catástrofe más grande" —plausible catástrofe en verdad, provocada por tan chistoso encogimiento de la peseta, que, la muy pícarona, iría desapareciendo de las manos de sus poseedores, sin que éstos se enteraseo— traza el caudillo un sombrío cuadro de las consecuencias de la carestía allí existente, carestía que es una feliz realización tranquilita, "Pues todo esto (el hipotético resultado de sus teóricos esfuerzos) naufraga con la carestía, al aumentar el índice de la tuberculosis y el de la mortalidad infantil, porque lo que para uno es exceso de beneficio, para los otros es pauperismo, tuberculosis y miserias".

Que eso es exactamente lo que venimos denunciando nosotros desde hace también once años: régimen de pingües riquezas escandalosas arriba, entre los hartos y satisfechos señoritos del régimen, y de lúrideas y pavorosa miseria abajo, entre sus pobres víctimas. Régimen auténticamente falangista, cuya silueta moral bosqueja, aun sin quererlo, el propio Franco, al hablar, en otro pasaje de su discurso, del "afán de codicia, de riqueza rápida que va contra la fraternidad cristiana, contra el sentido católico de nuestro pueblo y que, al fin y a la postre, todos han de pagar a la hora de la muerte"... ¡Ahí nos las den todas! —exclamarán los señoritos de Falange, labradores honorarios, de los de gabán y cuello de pajarita.

Régimen anticristiano, de estraperlo, de mercado negro, de latrocinio, de carestía, de sindicatos verticales y de otras monerías y filibusterías, implantado en nuestra patria por el mismísimo salvador de España, rústica divinidad de la Hermandad de labradores con bastón y borsalino, Ceres falangista, cuyo cuello está reclamando un instrumento genuinamente agrícola: la hoz.

EL VALIJERO

A.P.C.E.
SIG.: 1.2.6/1300